

ron, al contacto con la experiencia, salga desengañado y haga al mundo, las más de las veces, el causante de su desengaño.

En la dedicatoria del «Don Juan», Byron ataca con feroz burla a la generación de poetas que le precedieron, Coleridge y Wordsworth, creadores de la escuela poética de los lakistas (School Lake), no sólo por la divergencia de inspiración lírica, sino por su abandono de los ideales revolucionarios. Les considera unos renegados por haberse pasado a las filas del partido Tory, contribuyendo así al afianzamiento del régimen inglés contrario a la Revolución y al espíritu de Napoleón. Aparte de las graciosas ocurrencias que con este motivo salpican sus escritos, Byron no tiene en cuenta que ellos han sufrido de cerca la Revolución y han pasado la prueba de ver llevados a la práctica las teorías revolucionarias.

Pero dejando a un lado estas digresiones consideremos el «Don Juan» en su aspecto puramente literario, ya que como tan bien expresó Goethe: «Lord Byron sólo es grande cuando poetiza, y es un niño cuando reflexiona.» El «Don Juan» es un libro realmente «fascinating», con su mezcla de seriedad y broma, lleno de ilusiones burlescas, situaciones divertidas y figuras satíricas. El autor coge a su joven héroe desde su infancia, educado en un ambiente tradicional, y le lanza al mundo a correr aventuras. Así, el mismo joven podrá ir descubriendo por sí mismo las leyes de conducta, como un nuevo Cándido. Recorre los países y da tema para que Byron fustigue las costumbres, las creencias y los vicios de la sociedad de sus días. Ironiza principalmente sobre la hipocresía. Algunas parodias

de tipos de la época, la continua sátira y el desenfado de sus opiniones hace que la lectura de «Don Juan» sea muy entretenida. En su tiempo no se consideró este libro apropiado para los jóvenes. La desenvoltura de Byron, la insolencia simpática con que manifestaba sus personales gustos interrumpiendo el hilo del relato, la modernidad del conjunto y la forma alegre de sus rimas, todavía hoy son el mayor atractivo de esta obra. Algo parecido quiso hacer nuestro Espronceda en «El diablo mundo». Byron escribió la obra en Italia, donde descubrió su verdadero genio al trabar conocimiento con los escritores burlescos italianos, Pulci, Berni y Casti, estudiar la «ottava rima», forma clásica en la poesía de este país. Toda su creación, salvando las distancias ideológicas, recuerda el entusiasmo descriptivo de las estrofas del «Orlando furioso», de Ariosto. A pesar de toda su simpatía por la vida y la exuberante inclinación a los placeres, se percibe a través de los sarcasmos una filosofía pesimista y amarga, un desengañado convencimiento de que todo es vanidad. El cínico autor es un hombre experimentado que encontró siempre un placer perverso en su propia depravación, y consciente de sus propias faltas, convencido de la realidad del pecado, presiente y teme la expiación de las culpas. A diferencia de Shelley, su contemporáneo y amigo, que siempre consideró intachable su propia conducta, fiado de la pureza de su intención, aunque la consecuencia de sus actos sean fatales, Byron se entrega al fatalismo pensando, como dice un biógrafo francés, que «el mal es una realidad exterior, contra la cual se estrella todo esfuerzo humano». Shelley, por el con-